

Contribuciones desde Coatepec
Universidad Autónoma del Estado de México
concoatepec@uaemex.mx
ISSN (Versión impresa): 1870-0365
MÉXICO

2007

María Rosa Palazón Mayoral

LA VOLUNTAD DEL PODER COMO ARTE: EN HOMENAJE A VATTIMO

Contribuciones desde Coatepec, julio-diciembre, número 013

Universidad Autónoma del Estado de México

Toluca, México

pp. 179-184

Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal

Universidad Autónoma del Estado de México

<http://redalyc.uaemex.mx>



La voluntad de poder como arte *En homenaje a Vattimo*

MARÍA ROSA PALAZÓN MAYORAL¹



Conocí en la obra de Gianni Vattimo, esteta influido por Aristóteles, el sentido filosófico y específicamente ontológico de la poesía de vanguardia, así como la hermenéutica de Schleiermacher, Heidegger, Nietzsche y Gadamer. Sin duda ha hecho aportaciones inquietantes en un altero de libros. De fácil palabra, en sus conferencias expresa teorizaciones complejas. ¿Quién no lo conoce? Éste es un merecido reconocimiento, porque honor a quien honor merece.

Habiendo seguido el camino normal, que establece los vínculos y hasta las metamorfosis de la estética en hermenéutica y viceversa, en *Las aventuras de la diferencia. Hablar después de Nietzsche y Heidegger* (1980) repasa las propuestas sobre esta última noción de Nietzsche y Heidegger, con sus aciertos, limita-

¹ Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Correo electrónico: mpalazoa@sni.conacyt.mx.

ciones y aporías, sin que falten las paradojas del relativismo en que incurrieron; por ejemplo cuando Heidegger declaró acabada la metafísica con su historización radical —todo es histórico—, también hizo finita o relativa su propuesta misma, sin duda metafísica, o el aserto de Nietzsche de que no existen hechos, sino únicamente interpretaciones porque siempre la experiencia del mundo está mediada por el lenguaje: si todo es un evento de esta naturaleza, la fenomenología de Husserl queda desechada, y, de paso, cualquier principio de realidad sustentable. Asimismo, se desmorona la hermenéutica de Gadamer y de Paul Ricoeur. No faltan en el repaso temático que realiza Gianni Vattimo algunas incursiones en los filósofos franceses como Derrida, con su distinción de la *différence*, para la sincrónica, de la *différance*, neologismo para la diacrónica, basada en huellas mudas y en simulacros. Cada asunto que aborda Vattimo desata un cúmulo de preguntas. Sin embargo, obligada a escribir un número pequeño de páginas, centraré mis inquietudes en la cuarta parte, capítulo cuatro de *Las aventuras...*, donde Vattimo hace acopio de informaciones, muchas de las cuales parafrasea casi a la letra, para defender la perspectiva de Nietzsche sobre la voluntad de poder como arte. Esto es, las manifestaciones artísticas la manifiestan sin rubor.

El Heidegger que escribió dos gruesos libros sobre Nietzsche declaró que la metafísica ha cedido su lugar a un ordenamiento mundano según el método de causas y efectos, o nomológico-deductivo, que se preocupa por la probabilidad de repetición de un fenómeno en el tiempo: aspira a dominar la naturaleza, a los seres humanos para que cada hombre responda a sus mandatos o imposiciones. La verdad religiosa fue sustituida por la verdad técnico-científica. La voluntad de dominio se liberó de cualquier ilusión humanística, de manera que hemos sido modelados como pragmáticos tecnócratas que obedecen, agregó, a quienes se apropian de la riqueza que se genera, esto es, los capitalistas. El mundo es un sistema administrado sin un mañana que se imagine utópicamente más justo, sin que en la vida se haga presente el futuro deseable, o temporalidad profunda.

Aquel Vattimo de 1980 leyó de otra manera a Nietzsche: en su noción de voluntad de poder existe un modelo estético que no coincide con tal organización tecnocrática dominante. La raíz de esta orientación la detecta en los análisis del temple artístico que escribió Nietzsche en la cuarta parte de *Humano, demasiado humano*. Estas páginas, al cobijo de la Ilustración, ponderan la ciencia (así, en minúscula) sobre otras formas de verdad. Concretamente juzga al arte (parece que tiene en mente las Letras) como el superficial remanente de la antigüedad, porque se mueve en las apariencias, las proyecciones antropomórficas, en lo fantástico, mítico e incierto, actitudes de la infancia y de la mente primitiva que, en apreciación nietzscheana, obedecen a presiones emocionales: “fiestas de la me-

moria que ahora se celebran en el arte” (Vattimo, 1985: 89-90). Durante un tiempo, la obra artística aplaca catárticamente este ánimo pasional; por ejemplo, la tragedia mediante las intervenciones del temor y la compasión. En otras palabras, lo apolíneo controla la fuerza impetuosa de lo dionisiaco. Sin embargo, de estas observaciones del positivismo evolucionista, algunos destellos teóricos facilitaron que en *Zarathustra*, Nietzsche evadiera esta ideología para adentrarse en la naturaleza lúdica y festiva de las artes. No sólo el esclavo disfrutaba en las saturnales, sino que seguimos haciéndolo cuando participamos en los juegos artísticos y en las fiestas, cuyo tenor carnavalesco, dirá Bajtín, deshace jerarquías clasistas. Luego, este orden de manifestaciones no es propio del pasado, huellas instructivas de lo ido, sino el modelo que permite delimitar los alcances y el significado de la voluntad de poder. Entonces Nietzsche desenmascaró al unísono la moral metafísica y la “verdad verdadera”, o científico-técnica, como teorías-prácticas terroristas que aplastan la fábula y la experiencia estética.

En la base de los juegos está, como en la inspiración, una fuerza creativa interior que, fluyendo de manera imprevista, embiste con su pasión la realidad exterior. Y aquí el Nietzsche-Vattimo afirma que inventando máscaras, las pasiones se equilibran hasta devenir un modo de mentir que se asoma en las artes, la religión y la metafísica, residuos del ayer. Me pregunto ¿el arte miente?, ¿la música, la arquitectura, la cerámica lo hacen?, ¿las artes de contenido mienten? ¿Cómo puede hacerlo la literatura, si declara su derecho a usar ficciones para hablar del mundo? Después de *Humano, demasiado humano*, en un giro radical, Nietzsche plantea que tal vez heredamos del pasado lo mejor de nosotros. Tanto en los oscuros meandros del tiempo como actualmente, sostiene, la felicidad se despierta con lo absurdo, como objetora cómica, porque se libera de rutinas. Tal placer feliz era del pretérito, es actual y será en el porvenir.

En contra del *ego cogito* o sujeto racional autoposeído, Nietzsche, según Vattimo, caracteriza el arte como “exceso-excedencia-excepción” cuyo eterno retorno genera una positiva y ejemplar actitud excesiva, des-estructuradora, mediante la voluntad de poder. Esta tesis, que influyó en la producción vanguardista del siglo xx, revela que lo exterior es atacado por una rebelión interior que acude a fantasías en un proceso que, se lee en *El ocaso de los dioses*, pone al descubierto cómo el mundo verdadero terminó por convertirse en fábulas expresadas en símbolos.

También la innovación acaba siendo norma, fuerza impositiva que invita a que reaparezca la voluntad de poder en su eterno retorno. El desbocamiento de pasiones e impulsos sexuales conllevó, sigue el Nietzsche-Vattimo, el gusto por la mentira (supongo que se refiere a los autores de obras con un contenido), la arrogancia de ser un genio y la imposición de las configuraciones propias. Pienso

que des-estructurar significa que al componer un orden se destruye, al menos en parte, el anterior.

El exceso de la danza no es apolínea —pureza, estabilidad, transparencia, simetría y armonía—, sino desenfreno dionisiaco, embriaguez que se atenúa mediante lo irónico, que dar a entender lo que se niega. Tiene, para Vattimo, una actitud apolínea. Si esto es verdad, las artes son una mezcla intrincada de pensamientos y sentimientos. Algunas obras ejemplifican la ética y son verdaderas en la medida en que se acepte su complejidad de no-verdad, o capacidad de usar ficciones para hablar del mundo humano. Ciertamente que el arte debe alejarse de las prédicas moralizantes para que, aproximándose a lo terrible y sublime, evidencie los “poderes idealizantes” (Vattimo, 1985: 104).

Hay una dosis de verdad en que el poder no es inicialmente voluntad de forma y dominio, sino una explosión desordenadora de emociones que, si no suelta conscientemente prenda acerca de los traumas del sujeto, la liebre salta por donde menos lo espera, es decir, que los espejea.

La voluntad de poder sabe que los valores, las leyes, las formas no son estables ni eternas. En su rebelión contra la mentira y la estabilidad de las jerarquías sociales, quien actúa creativamente o según la *poiesis* o vence al menos en parte a los dominantes, o éstos lo exterminan.

El eterno retorno es selectivo: elige a quien lo soporta y a quien no: parece decir qué feliz deberías ser para quererlo, y no da el mensaje ascético-estoico de qué fuerte deberías ser para aceptar el momento que vives, expone Vattimo al interpretar el aforismo 34 de *La gaya ciencia*. “Deberías ser feliz” indica que no lo eres y debes luchar por cambiar lo que te resulta intolerable.

El eterno retorno de la voluntad de poder no se parece, sigue Vattimo, a la hegeliana dialéctica del amo y el esclavo, que sólo invierte los papeles, como lo han entendido los nihilistas y los tecnócratas intérpretes de Heidegger, sino que apunta a un desorden interno, a una circularidad del tiempo que pone entre paréntesis la validez de lo que eres y experimentas en el mundo. A diferencia de Schopenhauer, Nietzsche no ubica la voluntad de poder en el tecnócrata, sino en el artista que hace y deshace tanto su personalidad como la realidad externa. Su voluntad de poder enfrenta las fuerzas adversas con valores y, habiendo vigorizado sus emociones (Vattimo, 1985: 95), da cabida a la estética en su acepción fisiológica. El arte embellece, escribe el Nietzsche maduro, porque coordina deseos fuertes para que nazca el “gran estilo”, contrario a la fealdad o decadencia que se descubre en los ejemplares pseudo-artísticos que manifiestan deseos no coordinados, o merma de la fuerza organizativa. Vattimo interpreta que para Nietzsche, mediante esta coordinación lograda, la mirada se extiende, refina, adivina...

La danza es control muscular, agilidad y éxtasis ligados a la excitación sexual; la tragedia, mixtura de crueldad y compasión; la música, fecundidad generativa; las Letras ven la realidad más plena, simple y fuerte, como la primavera vital de Flaubert. La embriaguez primera acaba siendo fineza que representa lo más terrible o feo con una magnificencia distinta a la normalidad. A su vez, la obra de arte excita la embriaguez de sus receptores: jamás les impone la resignación (como pensó Schopenhauer); por lo mismo, siempre esperamos otro final de la tragedia.

Ahora bien, la exuberante sobreexcitación dionisiaca que centrífugamente niega la forma hasta dar centrípetamente con un plano expresivo nuevo, aunque roza la patología, afirma la dignidad humana por encima de la “negatividad de la existencia” (Vattimo, 1985: 99). En su último periodo, Nietzsche atenúa sus exageraciones sobre el regreso al mundo de las sensaciones y el estallido de las emociones, sin que niegue que la fealdad es impotencia, lo deprimente por deprimido, lo pesado, lo torpe frente a la sobreabundancia del estado estético que opera como fuerza comprensiva y expresiva, es decir, como base de las lenguas. En algún texto Nietzsche, y Vattimo no objeta, excluye la semántica de la literatura, porque el arte, afirma, y quizá tiene en mente a la música, no expresa pensamientos, sino que tenemos una suerte de “lectura en clave” (Vattimo, 1985: 101).

La óptica del emisor no puede reducirse a la “estética femenina” (Vattimo, 1985: 103) del receptor. La naturaleza morbosa del artista, o su sobreabundancia de energías, no se derrumba en la alucinación ni en el empobrecimiento intelectual o demencia extravagante, como la de, escribe Nietzsche haciendo gala de misoginia, las “mujercitas histéricas” (Vattimo, 1985: 101) o los que viven en función del Más Allá, sino que el artista dilapida su riqueza expresiva, hija de la agudeza sensorial extrema, del automatismo, de la irritabilidad, de estados morbosos que simpatizan con otras vidas. Tales estados intensifican los impulsos y desequilibran la organización vigilante del sujeto que, paralelamente, con sus juegos desenmascara la violencia de las organizaciones sociales establecidas. Gran arte es el gran estilo de quien no se preocupa por agradar ni persuadir, sino que domina el caos. La música no lo hace porque manifiesta una cultura liberada de fetichismos y violencias: sólo se autorrefiere.

La “hermenéutica radical” (Vattimo, 1985: 107) nietzscheana pugna porque las formas simbólicas y la filosofía del arte mantengan su autonomía frente a la racionalidad tecnológica. Las artes son el universo de sujetos que dislocan, desestructuran, desorganizan. “La esperanza heideggeriana de una nueva época del ser pasa probablemente [...] a través de esta obra de desorganización radical del sujeto que, para Nietzsche, se ejercita ante todo en la voluntad de poder como arte” (Vattimo, 1985: 107).

Unos cuestionamientos: ¿la expresión voluntad de poder significa la capacidad objetora capaz de realizar sus objetivos? ¿Necesariamente se vuelve poder de dominio? ¿Aún Vattimo restringiría esta voluntad a las artes? ¿Acaso no sustituye su interpretación de Nietzsche el poder de las armas y la política por el limitado que ejercen las artes? Además, los niveles de creatividad no siempre son la medida del gran estilo que gusta a muchas generaciones. Una última pregunta, ¿qué piensa hoy el siempre recurrente Gianni Vattimo de la hermenéutica nietzscheana que escribió hace veinticinco años? Acaso ¿su interpretación no estuvo influida por su amor a ciertas artes?, en el entendido de que a las palabras de amor les sienta maravillosamente un poco de exageración.

Bibliografía

- Bajtín, Mijaíl Mijáilovich (1989), *Estética de la creación verbal* [trad. Tatiana Bubnova], México, 3ª ed., Siglo XXI Editores [Lingüística y Teoría Literaria].
- Heidegger, Martín (2000), *Nietzsche* [trad. Juan Luis Verma], Barcelona, Ediciones Destino [Col. Áncora y Delfín, vol. 887], 2 vols.
- Vattimo, Gianni (1985), *Las aventuras de la diferencia. Pensar después de Nietzsche y Heidegger* [trad. Juan Carlos Gentile], Barcelona, Ediciones Península [Historia, Ciencia, Sociedad, núm. 197].